

W.B. YEATS POEMAS

LA CANCIÓN DE AENGUS EL VAGABUNDO

Yo fui al bosque de avellanos
pues dentro ardía con fuego,
y corté y limpié una vara
para amarrarle una baya;
y al volar de albas falenas,
parpadeando como estrellas,
yo dejé caer la baya
al fluir de una corriente
y atrapé una trucha de plata.

Dejándola sobre el piso
el fuego me fui a avivar,
mas algo me susurraba
llamándome por mi nombre:
apareció una muchacha
de blanco brillo, con flores
de manzano en sus cabellos,
quien me nombró y, escapándose,
se extinguió en el aire claro.

Envejecí por vagar
entre valles y quebradas,
hallar quiero, sin embargo,
el lugar donde se fue,
para besarle los labios
y poder tomar sus manos
caminar entre altas hierbas,
e ir cortando hasta el fin
del tiempo y de los tiempos
las plateadas manzanas de la luna
y las doradas manzanas del sol.

VERSOS ESCRITOS EN EL ABATIMIENTO

¿Cuándo vi por última vez los redondos
ojos verdes y los cuerpos ondulantes
de los oscuros leopardos de la luna?
Todas las salvajes hechiceras,
nobelísimas damas
pese a sus palos de escoba y a sus lágrimas,
a sus rabiosas lágrimas, han desaparecido.
Los sagrados centauros de los montes
se han desvanecido,
nada tengo ya sino el amargo sol;
heroica madre luna, destiértrate y desvanécete,
ahora que cumplí los cincuenta años
he de sufrir el tímido sol.



POEMAS

W.B. YEATS

LA SEGUNDA VENIDA

Ascendiendo, ascendiendo en una vasta espiral
el halcón ya no puede oír al halconero;
las cosas se disocian; el centro no puede intuirse;
simple anarquía pierde al mundo,
está perdida la obscura marca de la sangre
y, doquiera, el culto de la inocencia destruido;
los mejores pierden la fe, mientras que los peores
están llenos de ardiente intensidad.

Sin duda está cercana alguna revelación;
sin duda es inminente la Segunda Venida.
¡La Segunda Venida! Apenas pronunciadas estas palabras
cuando una vasta imagen emerge del *Spiritus Mundi*
y turba mi vista: en algún lugar de las arenas del desierto
una forma con cabeza humana y cuerpo de león,
una mirada cual la del sol vacía y sin piedad
sus lentos miembros está moviendo y todo en su derredor
devana las sombras de las indignadas aves del desierto.
La obscuridad cae nuevamente; mas ahora sé
que veinte siglos de un sueño de piedra
llegaron a la pesadilla por el balanceo de una cuna,
y ¿qué tosca bestia, llegada al fin su hora,
va torpemente hasta Belén para nacer?

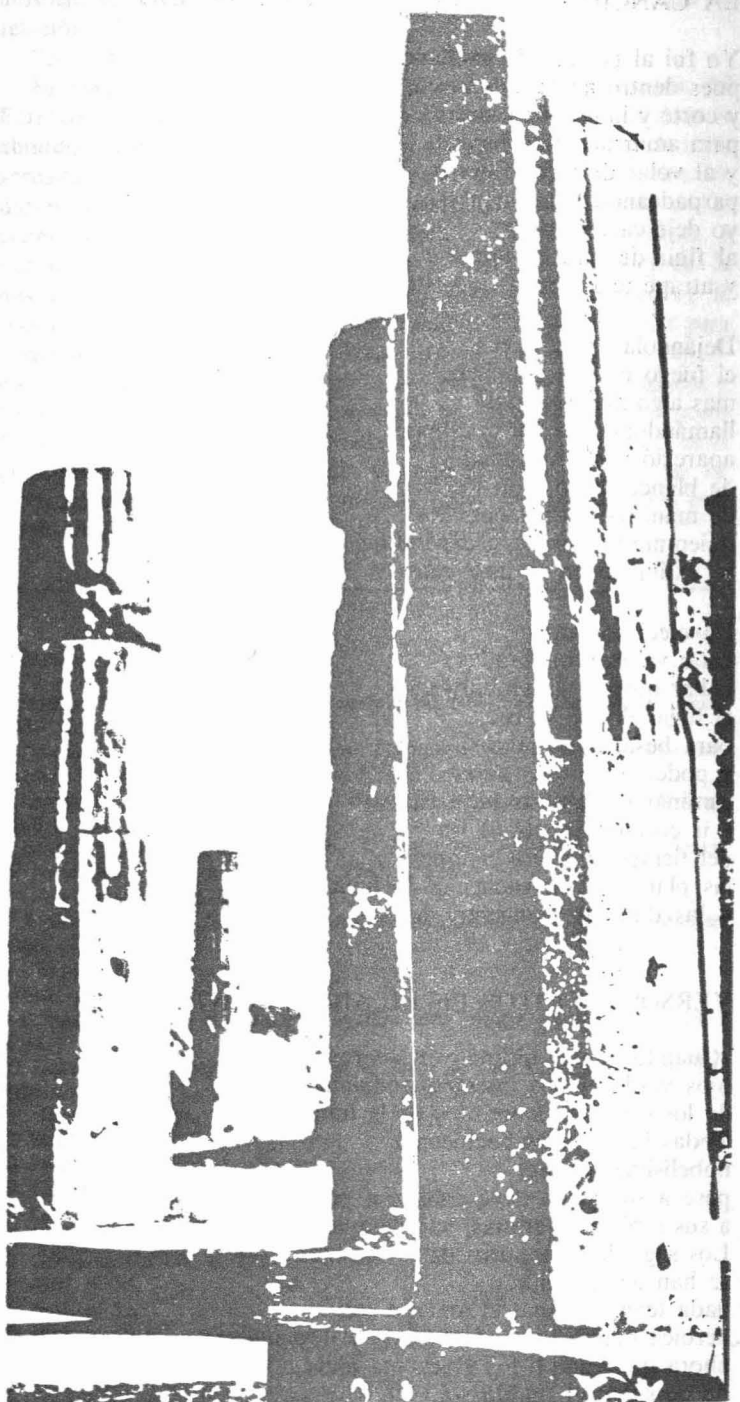
NAVEGANDO HACIA BIZANCIO

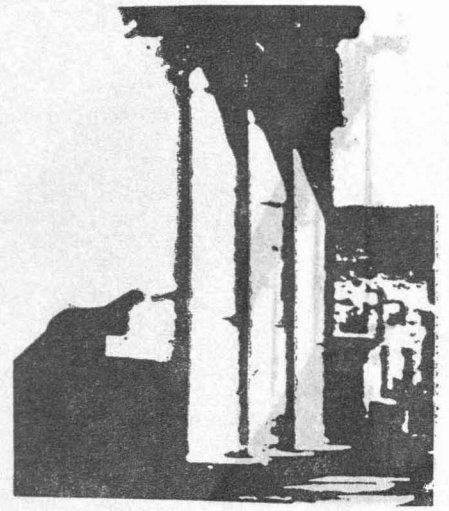
I

Esta no es tierra para el viejo.
Jóvenes abrazados,
pájaros en los árboles cantando,
—esas efímeras generaciones—
cascadas que remotan los salmones,
las multitudinarias haleches de los mares,
pez, carne o ave de corral,
alaban el largo verano,
todo lo que se engendra, nade y muere.
Apresados en esa sensual música,
todos los olvidados monumentos
del intelecto sin edad.

II

Un viejo sólo es algo despreciable,
un andrajoso abrigo sobre un palo,
a menos que cante el alma y dé palmas;
y, para cada andrajo en su vestido
mortal, cante más alto.





No existe, pues, la escuela de canto,
sólo los estudiados
monumentos de su magnificencia.
Por eso he cruzado los mares y he venido
a la ciudad sagrada de Bizancio.

III

Oh, sabios, de Dios ante el fuego sagrado,
como en el mosaico de oro de una pared,
venid del fuego sagrado, ave en espiral,
y sed los maestros cantores de mi alma.
Destruíd mi corazón; enfermo de deseo
y sujeto a un animal agonizante
ignora ya quién es; y hundidme
en el artificio de la eternidad.

IV

Cuando esté fuera de la naturaleza
no tomaré ya mi forma corpórea
de un natural objeto
sino de aquella que los orfebres griegos
hacen de oro forjado y oro de esmalte
por mantener despierto
a un Emperador soñoliento;
o en una rama dorada cantar
a los caballeros y damas de Bizancio
de lo que pasó, pasa o ha de pasar.

LA TORRE

I

Oh, corazón, turbado corazón,
¿qué haré con este absurdo, esta caricaturesca
y decrepita edad prendida a mí
como una cola de perro?

Jamás tuve
tanta excitada, apasionada y fantástica
imaginación, ni oído y vista
que tan ansiosos esperaran lo imposible.
No, ni aun cuando niño
que con caña y cebo,
o con el más rastrero gusano,
ascendía la cuesta del Ben Bulben
teniendo todo el enervante día de estío
para retozar. Creo
que tendré que mandar de paseo a la Musa

y elegir a Platón y a Plotino como amigos
hasta que la imaginación, el oído y el ojo,
estén de acuerdo con los argumentos
y traten de cosas abstractas;
o ser ridiculizado por una especie
de golpeante tambor en los talones.

II

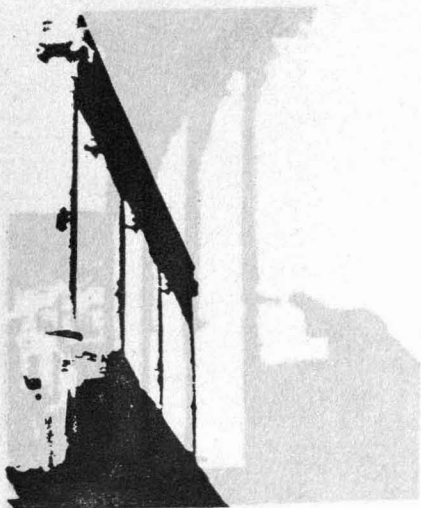
Avanzo por las almenas y atalaya
los cimientos de una casa o donde el árbol,
como un dedo tiznado, nace de la tierra;
empujo la imaginación
bajo el declinante resplandor del día
y apelo a imágenes y recuerdos
de ruinas o de añosos árboles,
pues les haría una pregunta a todos ellos.

Más allá del cerro vivió la señora French
y una vez que cada bujía de plata o candelabro
encendía la oscura caoba y el vino,
un lacayo que podía adivinar
el deseo más respetable de la señora,
corrió con las tijeras del jardín
y cortó las insolentes orejas a un labriego
trayéndolas en una pequeña bandeja tapada.

Algunos recordarán, cuando era joven aún,
a una muchacha campesina loada por una canción,
quien vivía en alguna parte del pétreo lugar,
y que alabaron el color de su rostro
y tuvieron inmenso júbilo en alabarla,
recordando, si ella paseó por ahí,
que los labradores la rodeaban y admiraban
¡tanta gloria le había conferido el canto!

Y ciertos hombres, enloquecidos por los versos,
o por brindar en su honor varias veces,
se levantaron de la mesa y acordaron
probar su fantasía lo que veían;
mas confundieron el resplandor de la luna
con la prosaica luz del día
—la música había extraviado su ingenio—
y alguien se ahogó en la inmensa ciénaga de Cloone.

Extraño, mas quien compuso la canción era ciego;
y, sin embargo, una vez meditado, encuentro
que nada es extraño; la tragedia comenzó
con Homero quien era ciego, y con Helena
quien traicionaba a todos los palpitantes corazones.



Ojalá pudieran la luna y la luz del sol
simular un destello inextricable,
porque, si triunfo, debo enloquecer a los hombres.

Y yo mismo creé a Hanrahan
y lo conduje por el alba, sobrio o embriagado,
de algún lugar en las cabañas vecinas.
Atrapado por las truhanerías de un viejo,
tropezó, cayó, anduvo a tientas de un lado para otro,
y para ofrecer sólo tenía rodillas rotas
y horrible esplendor de deseo;
lo pensé completamente hace veinte años:
Excelentes sujetos barajando naipes en un viejo corral;
y cuando llegó el turno del anciano rufián,
hechizó a los naipes bajo su pulgar
y todos, menos uno, se convirtieron
en una baraja de sabuesos que no en una de naipes:
y al naipe lo convirtió en una liebre.
Hanrahan se alzó frenético
y siguió a las aullantes criaturas hasta,

oh, hasta he olvidado que... ¡basta!
Debo recordar a un hombre a quien ni el amor,
ni la música, ni una enemiga oreja cortada
podía estimular: estaba tan fatigado;
una figura hundida en el mito
que no existe quien pueda contar
cuando finalizaba su día de perro:
un arruinado anciano, amo de esta casa.

Antes de aquella ruina, por siglos,
rudos guerreros, de jarreteras cruzadas en las rodillas,
o con grebas de hierro, treparon los estrechos escalones,
y ciertos guerreros había cuyas imágenes
—en la Gran Memoria almacenadas—
vinieron con gritos sonorosos y pechos sin aliento
para romper el descanso del durmiente,
mientras, en el consejo, golpeaban sus grandes dados de madera.

Por más que desconfíe, venga quien pueda;
venid anciano, indigente o contrahecho;
y traed a la deriva ciegas bellezas celebrantes;
el hombre rojo envió al truhán a través
de las olvidadas florestas de Dios;
la señora French dotada de tan fino oído;
el hombre ahogado en una ciénaga,
cuando Musas burlonas eligieron a la rústica pastora.

¿Blasfemaron todos los viejos y viejas, ricos y pobres,
quienes hollaron estas rocas y cruzaron esta puerta,

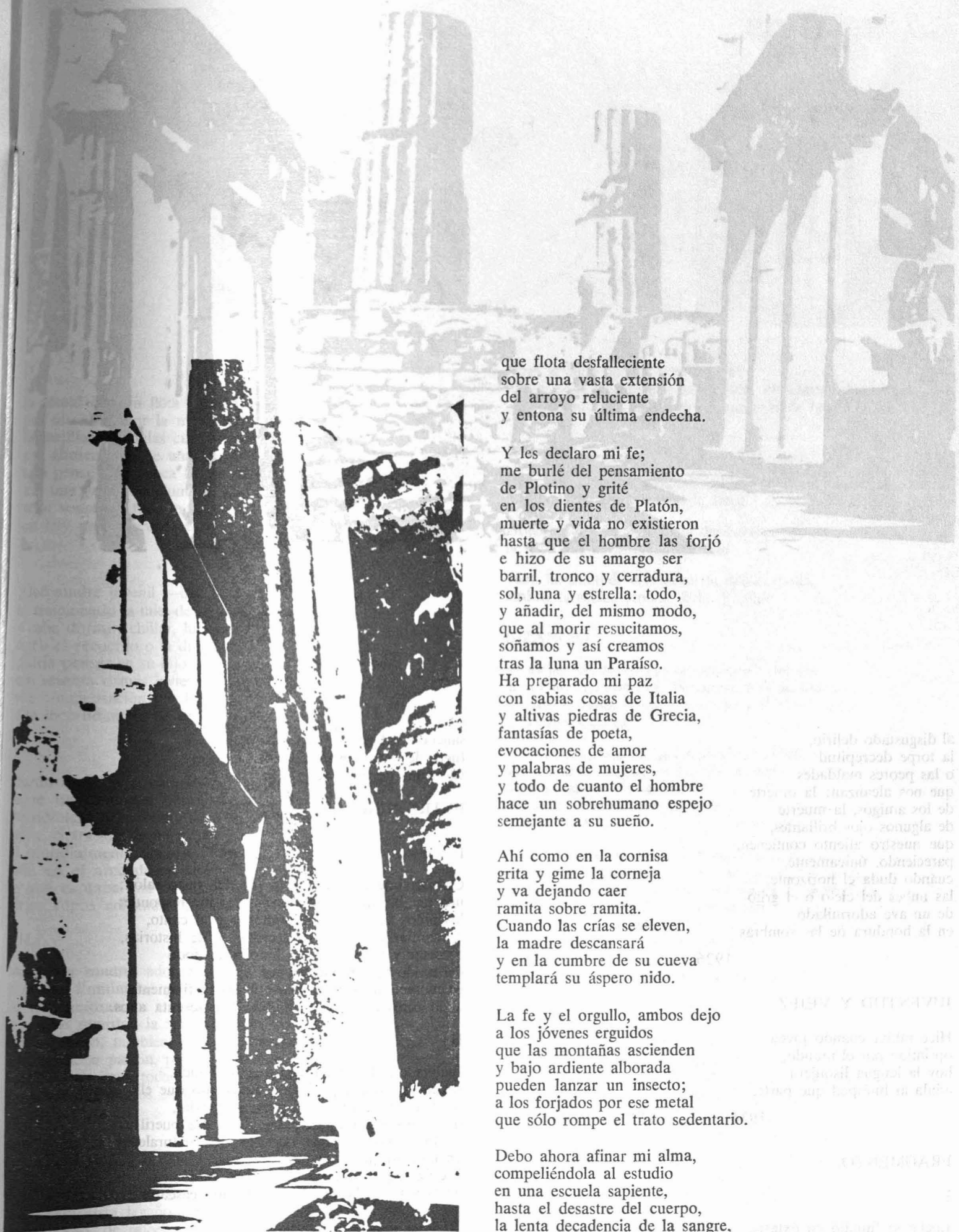
quizás con rabia pública o secreta,
como ya blasfemo ahora contra la vejez?
Mas, he encontrado una respuesta en esos ojos
que están impacientes por irse;
idos pues; pero dejad a Hanrahan
porque necesito todos sus pujantes recuerdos.

Viejo disoluto con un amor en cada viento,
haz brotar de la profunda y circunspecta mente
todo lo que descubriste en la tumba,
porque es cierto que calculaste
cada inopinado e imprevisto aprieto
—atraído por un ojo delicado—
o por un roce o un suspiro,
dentro del laberinto de otro ser;

¿habita la imaginación más profundamente,
sobre una mujer perdida o una conquistada?
Si sobre la perdida, admite que emergiste
de un gran laberinto fuera del orgullo,
de la cobardía, de algún necio pensamiento sutilísimo
o algo una vez llamado conciencia;
y si la memoria recuerda,
el sol está en eclipse y el día cancelado.

III

He aquí mi testamento;
elijo a hombres erguidos
que a los arroyos ascienden
hasta el salto de las fuentes
y, al alba, fijan la vista
junto a las húmedas rocas;
los declaro herederos
de mi orgullo, el orgullo
del pueblo que no fue atado
ni a la Causa ni al Estado,
ni a escupidos esclavos,
ni a los tiranos que escupen,
el pueblo de Burke y Grattan
que, libre para rehusar,
dio orgullo como el del alba
cuando la luz temeraria
es desatada; u orgullo
cual del cuerno fabuloso,
o el de la súbita lluvia
cuando todos los arroyos
están secos, o el de la hora
que el cisne debe fijar
la vista en un centelleo



que flota desfalleciente
sobre una vasta extensión
del arroyo reluciente
y entona su última endecha.

Y les declaro mi fe;
me burlé del pensamiento
de Plotino y grité
en los dientes de Platón,
muerte y vida no existieron
hasta que el hombre las forjó
e hizo de su amargo ser
barril, tronco y cerradura,
sol, luna y estrella: todo,
y añadir, del mismo modo,
que al morir resucitamos,
soñamos y así creamos
tras la luna un Paraíso.
Ha preparado mi paz
con sabias cosas de Italia
y altivas piedras de Grecia,
fantasías de poeta,
evocaciones de amor
y palabras de mujeres,
y todo de cuanto el hombre
hace un sobrehumano espejo
semejante a su sueño.

Ahí como en la cornisa
grita y gime la corneja
y va dejando caer
ramita sobre ramita.
Cuando las crías se eleven,
la madre descansará
y en la cumbre de su cueva
templará su áspero nido.

La fe y el orgullo, ambos dejo
a los jóvenes erguidos
que las montañas ascienden
y bajo ardiente alborada
pueden lanzar un insecto;
a los forjados por ese metal
que sólo rompe el trato sedentario.

Debo ahora afinar mi alma,
compeliéndola al estudio
en una escuela sapiente,
hasta el desastre del cuerpo,
la lenta decadencia de la sangre,



al disgustado delirio,
la torpe decrepitud
o las peores maldades
que nos alcanzan: la muerte
de los amigos, la muerte
de algunos ojos brillantes,
que nuestro aliento contienen,
pareciendo, únicamente,
cuando duda el horizonte,
las nubes del cielo o el grito
de un ave adormilado
en la hondura de las sombras

1926

JUVENTUD Y VEJEZ

Hice rabiar cuando joven
oprimido por el mundo,
hoy la lengua lisonjera
adula al huésped que parte.

1924

FRAGMENTOS

I

Locke se hundió en éxtasis;
pereció el Jardín;
Dios sacó el telar
de su lugar.

II

¿Dónde encontraré esa verdad?
En la boca de una medium,
en nada que pueda venir,

saliendo del margal del bosque,
fuera de oscura noche donde
yacen las coronas de Nínive.

ENTRE NIÑOS DE ESCUELA

I

Camino interrogando, a través del vasto salón;
una amable monja de blanca toca me responde;
los niños aprenden los números y el canto,
a estudiar en libros de lecturas y de historias,
a cortar y a coser, a ser limpios en todo
del modo más moderno; sus ojos,
en momentánea curiosidad, observan fijamente
a un sonriente hombre público de sesenta años.

II

Inclinado sobre un fuego que se hunde,
sueño de un cuerpo léxico un cuento que ella contó
de una áspera represión o evento trivial,
que transformó en tragedia algún día pueril;
contó, y pareció que nuestras dos naturalezas se mezclaron
en una esfera de juvenil simpatía,
o quizás, para alterar la alegoría platónica,
en la yema y la clara de un mismo cascarón.

III

Y pensando en ese acceso de dolor o de rabia,
miro a uno u a otro niño
y me pregunto si ella se paró así a esa edad
—pues aun las hijas del cisne pueden compartir
algo de cada herencia de remero—
y si tuvo ese color en las mejillas o cabellos,
y entonces mi corazón se alborota;
está ante mí como una viviente criatura.

EDUARDO
HERRERA

ESARROLLO
Y
PARADIGMAS
DE LA
CIVILIZACIÓN
HERRERA

IV

Su actual imagen flota en el alma...
fue diseñada por la mano del Quattrocento,
las mejillas hundidas cual si chuparan aire
y se alimentasen de una masa de sombras?
y yo pensé que nunca la especie lédica
tuvo una vez bello plumaje; basta de eso,
mejor sonreír a todo lo que sonríe y mostrar
que hay una adecuada especie de viejo espantapájaros.

V

¿Qué madre juvenil —una forma sobre su regazo
ha traicionado la miel de la generación,
y debe dormir, chillar, luchar para huir
como el recuerdo o la droga decidan—
podría pensar en su hijo; quizás vio ella, en esa figura
con sesenta o más inviernos sobre su cabeza,
una compensación por los dolores del parto,
o la incertidumbre de su despedida?

VI

Platón creyó a la naturaleza una espuma que juega
sobre un fantasmal paradigma de objetos;
Aristóteles, más sólido, jugó a los bolos
sobre el trasero de un rey de reyes;
el mundialmente famoso Pitágoras, de los muslos dorados,
tañó en el arco de un violín, o en unas cuerdas,
lo que cantaba una estrella y oían las musas descuidadas:
viejas ropas colgando de viejos palos para asustar un pájaro.

VII

Monjas y madres adoran imágenes,
pero las iluminadas por velas no son como
las que animan los ensueños de una madre,
sino que guardan la serenidad del mármol o bronce.
Sin embargo, también rompen corazones —oh Presencias
que conocen pasión, piedad o afecto,
y que simbolizan toda la gloria de los cielos—
oh autoengendrados burladores de las empresas del hombre.

VIII

El trabajo florece o danza donde
no se torturó al cuerpo para placer del alma,
ni la belleza nace de su propia desesperación,
ni la sabiduría legañosa del aceite de la medianoche.
Oh castaño, de raíces profundas floreciente,

¿eres la hoja, la flor o el tronco?
Oh cuerpo mecido por la música, oh encendida mirada,
¿cómo podremos discernir al danzarín de la danza?

SIMBOLOS

Una vieja atalaya batida-por-la-tormenta,
un ermitaño ciego dando la hora.

Hojadespada aún la todo destructora
llevada por el tonto vagabundo.

Seda bordada-de-oro sobre la hojadespada,
ambos tendidos juntos: bella y tonto.

BIZANCIO

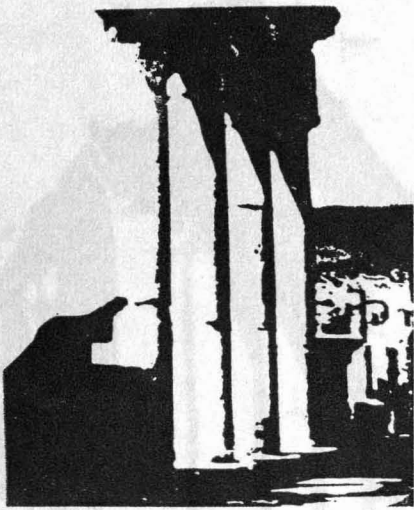
Se alejan las inexpurgadas imágenes del día;
la soldadesca imperial, borracha, está acostada;
se aleja la resonancia de la noche y el canto de los
trasnochadores

después del gong de la catedral espléndida;
una cúpula estrellada o lunada desdén
todo lo que es el hombre,
todas las simples complejidades,
la furia y el fango de las venas humanas.

Ante mí flota una imagen, hombre o sombra,
sombra más que hombre, más imagen que sombra;
la bobina del Hades envuelta en vendajes de momia
puede desenvolver el sinuoso sendero;
una boca, sin humedad y sin aliento,
bocas sin aliento puede convocar;
saludo lo sobrehumano
lo llamo muerte-en-vida y vida-en-muerte.

Milagro, ave o dorado artificio,
más milagro que ave o artificio,
plantada en la estrellada rama dorada,
puede cacarear como los gallos del Hades,
o, amargado por la luna, menospreciar ruidosamente,
en la gloria del metal inmutable,
el ave común o pétalo
y todas las complejidades de fango o sangre.

A medianoche, sobre el pavimento del Emperador,
centellean llamas que ningún leño alimenta,
ni enciende el acero, ni perturba tormentas,
llamas engendradas de llama,
donde vienen espíritus engendrados por la sangre



¡Espíritu tras espíritu, cabalgando a horcajadas en el fango
y la sangre del delfín! ¡Las fraguas rompen el diluvio,
las doradas fraguas imperiales!
Mármoles del suelo danzante
rompen complejidad de amargas furias,
esas imágenes que todavía
frescas imágenes engendran,
ese mar que rasgan los delfines y el gong atormenta.

1930

LA ESPUELA

Pensáis horrible que lujuria y rabia
sirvan obsequiosas a mi vejez;
no existía tal peste cuando joven,
¿tengo otra cosa que me aguije al canto?

NOTICIAS DEL ORÁCULO DE DELFOS

I

Ahí yacen todos los extravagantes,
ahí el rocío de plata;
y la gran agua suspiró de amor,
y el viento suspiró
Niamh, el hombre cogido, se inclinó
y suspiró por Oisín en la hierba;
el alto Pitágoras
suspiró ahí entre su coro de amor.
Llegó Plotino, el pecho con escamas de sal,
y observó en derredor,
tras desperezarse y bostezar por un rato
yace suspirando como el resto.

II

Cada uno a horcajadas sobre el lomo de un delfín
y afirmados en una aleta,
aquellos Inocentes revivieron su muerte,
abiertas sus heridas de nuevo.
Ríen las aguas absortas
pues sus gritos son dulces y extraños,
danzan a través de su norma ancestral,
y los delfines se hunden
en alguna escarpada bahía protectora
(donde vadea el coro de amor
ofreciendo su sagrada corona de laureles)
hasta descargarse de sus pesos.

III

Sutil adolescencia por una ninfa desnudada;
Peleo fija en Tetis la mirada.
Sus pies tienen la delicadeza de un párpado,
Amor lo ha cegado con lágrimas;
pero el vientre de Tetis escucha.
Resbalando por las paredes de la montaña
cae intolerable música
desde donde está la caverna de Pan.
Horrenda cabeza de macho cabrío;
aparece brutal brazo, vientre, hombro, nalgas,
relámpago cual pez; ninfas y sátiros
copulan en la espuma.

NOTAS DEL AUTOR

NAVEGANDO HACIA BIZANCIO (Estancia IV)

En alguna parte he leído que en el palacio del Emperador de Bizancio, había un árbol hecho de oro y plata donde cantaban pájaros artificiales.

LA TORRE

Los personajes que se mencionan están asociados por leyenda, historia y tradición por la proximidad de *Thoor Ballylle* o *Castillo de Ballylle*, donde el poema fue escrito. La señora French vivió en Peterswell, en el siglo dieciocho, y estuvo emparentada con Sir Jonah Barrington, quien describe el incidente de las orejas y los problemas que se sucedieron. La belleza campesina y el poeta ciego son Mary Hynes y Raftery, y el incidente del hombre ahogado en la *Ciénaga de Cloone* se encuentra anotada en mi *Crepúsculo céltico*. La persecución de Hanrahan a la liebre fantasma y a los sabuesos, es de mis *Cuentos de Rojo Hanrahan*. Los fantasmas han sido vistos jugando dados, en lo que actualmente es mi dormitorio; el anciano arruinado vivió hace unos cien años. De acuerdo con una leyenda, por causa de sus acreedores sólo pudo dejar el castillo un día domingo; de acuerdo con otra, utilizando un pasadizo secreto.

En el pasaje sobre el cisne de la parte III, he evocado, inconscientemente, *El cisne agonizante* de Sturge Moore, una de las más hermosas poesías líricas de nuestro tiempo. A menudo lo recité en una gira de lecturas por Norteamérica; ello explica el hurto. Cuando escribí los versos sobre Platón y Plotino, olvidé que es algo en nuestros propios ojos lo que nos hace verlos como todo lo trascendente. No ha escrito Plotino: "Dejar a cada alma aniquilarse, entonces, en el principio verdadero de que es el alma el autor de todo lo viviente, que ha infundido vida en toda cosa, a todo lo que sustenta en la tierra y el mar, a todas las criaturas del aire, a las divinas estrellas en el cielo; es quien hace el sol; se da forma a sí misma, ordena el vasto cielo y conduce todo movimiento rítmico... y es un principio distinto de todos a los que da ley, movimiento y vida, y debe, necesariamente, ser más honesto que ellos, pues éstos se juntan o disuelven como el alma les trae vida o les abandona; pero el alma, desde que no puede abandonarse a sí misma, ¿es un ser eterno? 1928.

ENTRE NIÑOS DE ESCUELA (Estancia V)

He tomado la "miel de la generación" del ensayo de Porfirio *La cueva de las ninfas*. Sin embargo, no encuentro ningún crédito en Porfirio para considerarla el narcótico que destruye la "memoria" de la libertad pre-natal. Culpaba él a un licor de olvido dado en el signo zodiacal de Cáncer.